

# Fenómenos morbosos: ¿Qué quería decir Gramsci y cómo se aplica en la actualidad?

*Gilbert Achcar*

■ Una búsqueda rápida en internet muestra que en los últimos años se ha producido un fuerte aumento de la frecuencia de referencias a la famosa cita de Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel* sobre los “fenómenos morbosos”: “La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados”. Yo mismo he contribuido a este aumento al tomar prestada la expresión “fenómenos morbosos” para el título del libro que publiqué en 2016 sobre la fase contrarrevolucionaria que siguió a la *primavera árabe* y al citar la frase entera como epígrafe del libro (Achcar, 2016).

La razón obvia de este aumento del uso de la cita es que explica la aparición a escala global, en los últimos años, de diversos fenómenos que son indudablemente “morbosos” desde una perspectiva progresista: desde el triste destino de la *primavera árabe* hasta el llamado Estado Islámico, desde la revitalización de la extrema derecha europea hasta la victoria de Donald Trump, etc. Sin embargo, antes de extenderme sobre la relevancia de la mencionada frase en la situación actual, es preciso comenzar asegurándonos de que entendemos correctamente lo que quiso decir Gramsci cuando la escribió. Para ello hemos de reinsertar la cita en el texto del que se ha entresacado y resituar este texto en su propio contexto histórico con el fin de captar la intención de Gramsci, que puede ser distinta de la que podemos atribuirle instintivamente en retrospectiva.

## **Descifrado del texto de Gramsci en su contexto histórico**

En efecto, Gramsci quiso decir algo bastante distinto de la interpretación que suele hacerse actualmente de esta frase. El texto que incluye la frase forma parte de los *Cuadernos de la cárcel*, concretamente del Cuaderno 3 del año 1930. ¿En qué contexto histórico lo escribió? El *crash* bursátil de Wall Street en octubre de 1929 había conducido a la Gran Depresión, la crisis más grave que ha sufrido el capitalismo hasta hoy, dando un fuerte impulso al ascenso de una extrema derecha europea, ya envalentonada tras la toma del poder por los fascistas en Italia en 1922. En el movimiento comunista internacional, el giro ultraizquierdista que comenzó en 1928 con el *tercer periodo* de la Internacional Comunista (Komintern) se había intensificado, poniendo fin a la Nueva Política Económica (NEP) y dando comienzo a la colectivización rural en la Unión Soviética en noviembre de 1929.

Johannes Agnoli

Tariq Ali

Cinzia Arruzza

Antoine Arthus

Daniel Bensaid

Wolf Biermann

Manuel Gari

Phil Hearse

Jacques Kergoat

Jean-Philippe Legois

Jaime Pastor

Jorge Riechmann

Sergio Rodríguez Lascano

Miguel Romero

Pierre Roussel

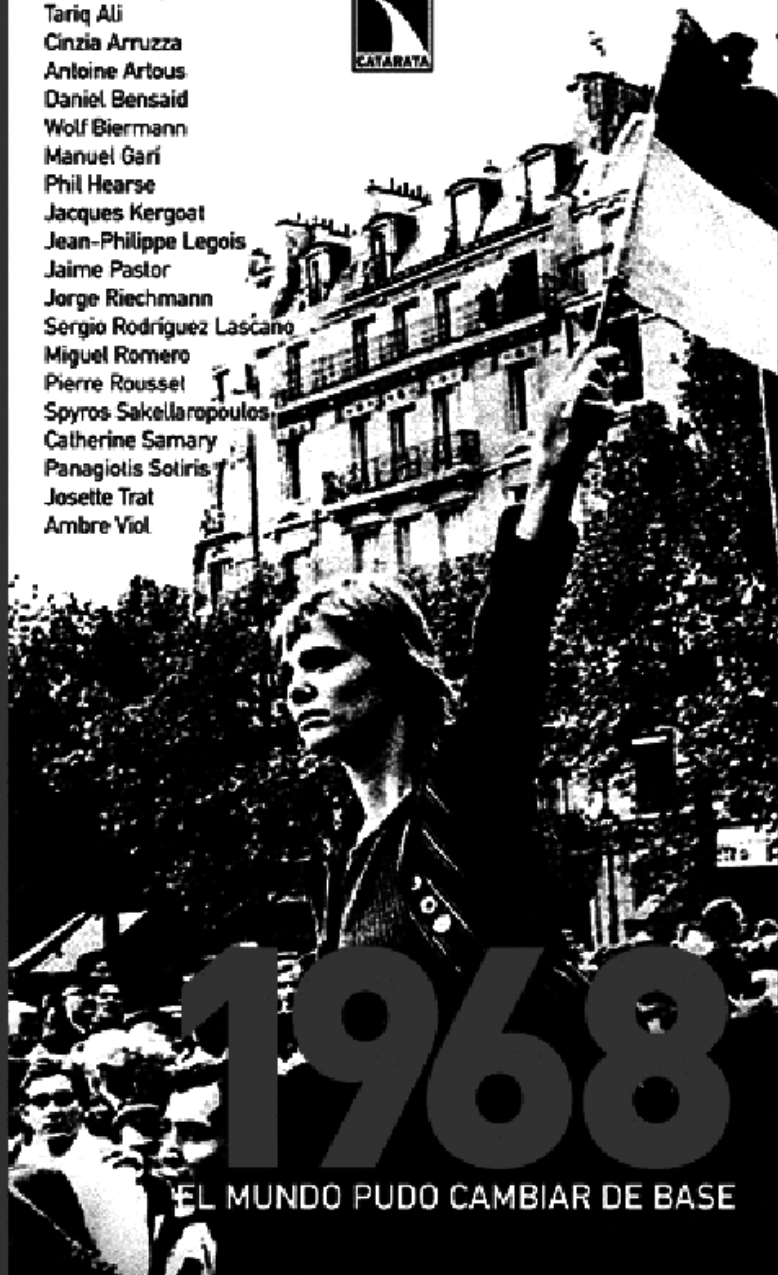
Spyros Sakellariopoulos

Catherine Samary

Panagiotis Sotiris

Josette Trat

Ambre Viol



# 1968

EL MUNDO PUDO CAMBIAR DE BASE

Lo que más interesaba a Gramsci en ese momento era que el Partido Comunista Italiano (PCI) había adoptado, en marzo de 1930 y presionado por la dirección de la Komintern, una perspectiva ultraizquierdista que partía del colapso inminente del fascismo y predecía una revolución proletaria inmediata, descartando así, por improcedente, una perspectiva democrática en la lucha contra el régimen de Mussolini. Es bien sabido y nadie discute que Gramsci rechazó con vehemencia este giro izquierdista y estaba muy preocupado por sus consecuencias políticas y organizativas.

Tratemos ahora de descifrar el lenguaje de los *Cuadernos de la cárcel*, que Gramsci tenía que encriptar debido, claro está, a la censura, y leer su escrito de 1930 a la luz de las circunstancias históricas. Comienza así: “El aspecto de la crisis moderna que es lamentado como *oleada de materialismo* está vinculado a lo que se llama *crisis de autoridad*”. Si relacionamos esta referencia aparentemente enigmática a una “oleada de materialismo” con la previsión de Gramsci, formulada más adelante en el mismo escrito, de una “expansión inaudita del materialismo histórico”, veremos con claridad suficiente que no se refería a alguna tendencia improbable de la cultura popular, sino a la expansión en curso del movimiento comunista (portador político oficial del “materialismo”, especialmente del “materialismo histórico”, es decir, del marxismo) en el contexto de la polarización entre la izquierda radical y la derecha radical que se produjo durante la crisis de entreguerras. La expansión del comunismo estaba asociada naturalmente a una crisis de legitimidad del capitalismo, es decir, al debilitamiento de la dimensión de consenso de la hegemonía capitalista, “*la llamada crisis de autoridad*”.

Gramsci continúa: “Si la clase dominante ha perdido el consenso, es decir, si ya no es *dirigente*, sino únicamente *dominante*, detentadora de la pura fuerza coercitiva, esto significa precisamente que las amplias masas se han apartado de las ideologías tradicionales, no creen ya lo que antes creían, etc.”. Refiriéndose con ello aparentemente, aunque de forma indirecta, a la valoración por parte del PCI (“si”) de la pérdida de apoyo popular del capitalismo en general y los fascistas en particular, Gramsci aplica sus conocidas categorías de “liderazgo”, que también llamaba “hegemonía”, basada principalmente en el “consenso”, por oposición a la “dominación”, basada exclusivamente en la coerción. Si el liderazgo ha sido sustituido por la dominación, en el sentido gramsciano de ambos términos, esto implica evidentemente que “las amplias masas se han apartado de las ideologías tradicionales”.

Sin embargo, esto no significa que por la misma razón la situación esté madura para una revolución dirigida por los comunistas. Para que esto último se produzca se requieren unas condiciones políticas —la adopción por las amplias masas de la perspectiva política comunista— que en opinión de Gramsci todavía no se han alcanzado. Su siguiente frase resume su valoración de la situación y lo que él considera una consecuencia de este bloqueo histórico: “La crisis consiste precisamente en el hecho de que

## 4. PLURAL 2

lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados”.

Procede comentar en este punto el uso por Gramsci de la metáfora médica “morbosos” teniendo en cuenta el contexto descrito más arriba. Al oponerse al giro ultraizquierdista de su partido, es casi seguro

### **“Los ‘fenómenos morbosos’ se referían en realidad a los síntomas ultraizquierdistas que aparecían en respuesta a este retroceso”**

que Gramsci tenía en mente la caracterización que hizo Lenin del comunismo “de izquierda” (o “izquierdismo”) como “enfermedad infantil” en 1920. Así, más que referirse al auge de la barbarie de extrema derecha en el contexto de crisis capitalista y al desfase entre su gravedad y la debilidad de las fuerzas de la clase obrera capaces de sustituir al capitalismo por el so-

cialismo (la “solución históricamente normal” que se menciona más abajo), es muy probable que los “fenómenos morbosos” se referían en realidad a los síntomas ultraizquierdistas que aparecían en respuesta a este retroceso.

De todos modos, Gramsci no quería parecer derrotista. El mero hecho de que no haya lugar al optimismo ultraizquierdista no supone que el orden capitalista vaya a prevalecer necesariamente, como explica justo después: “El problema es este: una ruptura tan grave entre masas populares e ideologías dominantes como la que tuvo lugar en la posguerra, ¿puede ser *remediada* con el puro ejercicio de la fuerza que impide imponerse a las nuevas ideologías? El interregno, la crisis a la que así se impide su solución históricamente normal, ¿se resolverá necesariamente a favor de una restauración de lo viejo?”.

En claro: ¿podrá superarse la desafección popular de la ideología capitalista dominante durante la posguerra únicamente con los medios coercitivos del fascismo, de manera que se impida efectivamente que el comunismo se haga con el poder? En este caso, ¿conducirá necesariamente el actual periodo transitorio fascista a la restauración del régimen burgués tradicional prefascista? Gramsci contesta: “Dado el carácter de las ideologías, esto debe excluirse, pero no en sentido absoluto. Entre tanto, la depresión física conducirá, a la larga, a un escepticismo difuso y nacerá una nueva *combinación* en la que, por ejemplo, el catolicismo se convertirá aún más en puro jesuitismo, etc.”.

En claro: el carácter de la ideología capitalista y su variante fascista en Italia permite descartar un simple retorno al régimen burgués tradicional prefascista. En lugar de esta restauración pura y simple, la depresión económica llevará a la larga al fascismo a diluir todavía más sus propios principios y su sistema de gobierno en una mayor adaptación al régimen

burgués tradicional, del mismo modo que el jesuitismo era una dilución de la ética católica más estricta.

“También de esto se puede concluir que se forman las condiciones más favorables para una expansión inaudita del materialismo histórico”. En el contexto de la crisis económica en curso, el debilitamiento del fascismo –esa variante de la ideología capitalista que capitalizó el creciente descontento de las masas y lo desvió de la oposición al capitalismo– debiera crear unas condiciones objetivas sumamente favorables para una expansión sin precedentes del comunismo. Esta última frase puede sonarnos muy optimista, pero en comparación con el optimismo ultraizquierdista de la Komintern y del PCI en 1930, fue realmente una plasmación típica del “pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad”, la famosa máxima que Gramsci tomó prestada por primera vez en 1920.

### De vuelta al siglo XXI

¿Implica esta explicación de lo que Gramsci quiso decir con toda probabilidad con su frase tantas veces citada que el actual aumento de la frecuencia de referencias a esa misma frase no es más que un ejemplo de mal uso de una cita debido a su errónea interpretación? En realidad, no es este el caso.

Gramsci escribió en una época en la que el fascismo llevaba ya ocho años en el poder en su país y en la que el movimiento comunista estaba expandiéndose a partir de un grado de fortaleza que era de lejos muy superior a cualquier forma de izquierda radical organizada existente en la actualidad. Se equivocó al juzgar el periodo, centrándose únicamente en su país y la supuesta crisis del fascismo en el mismo, tal como se percibía a través de la evaluación de su partido. No se percató, y probablemente no podía hacerlo desde la cárcel, que el *tercer periodo* del movimiento comunista constituía un estado morbosos mucho más grave que la *enfermedad infantil* que había criticado Lenin en 1920: no una manifestación de impaciencia política de jóvenes revolucionarios, sino una orientación ultrasectaria destinada a consolidar el control burocrático estalinista de la Unión Soviética y de la Komintern, un proceso histórico cuyas consecuencias facilitarían el triunfo de la extrema derecha en Europa, de forma especialmente trágica en Alemania.

Sin embargo, la idea central de la famosa frase de Gramsci forma parte de la valoración de toda fase de transición durante la cual un viejo orden ya está muriendo, pero un nuevo orden radicalmente diferente *aún no* es capaz de nacer; una valoración que fue clave en el análisis que hizo Marx del bonapartismo. Seguro que Gramsci y sus compañeros marxistas italianos vieron ahí la clave de su propio análisis del fascismo que, en efecto, es una forma degenerada de bonapartismo. En palabras de Marx, en *La guerra civil en Francia* (1871):

“El Imperio, con el *coup d’Etat* por fe de bautismo, el sufragio universal por sanción y la espada por cetro, declaraba apoyarse

## 4. PLURAL 2

en los campesinos, amplia masa de productores no envuelta directamente en la lucha entre el capital y el trabajo. Decía que salvaba a la clase obrera destruyendo el parlamentarismo y, con él, la descarada sumisión del Gobierno a las clases poseedoras. Decía que salvaba a las clases poseedoras manteniendo en pie su supremacía económica sobre la clase obrera, y, finalmente, pretendía unir a todas las clases, al resucitar para todos la quimera de la gloria nacional. En realidad, era la única forma de gobierno posible, en un *momento en que la burguesía había perdido ya la facultad de gobernar la nación y la clase obrera no la había adquirido aún*” 1/.

El mismo tipo de bloqueo histórico entre el régimen burgués ya incapaz y el Estado obrero *aún no* capacitado, que generó el bonapartismo, también puede generar, de forma muy natural, impaciencia revolucionaria por parte de activistas radicales que actúan en nombre de los trabajadores y buscan atajos para la revolución. Esto ya había ocurrido a gran escala durante la situación revolucionaria que empezó a desarrollarse tras el estallido de la Primera Guerra Mundial en varios países europeos, que de este modo experimentó una situación en que “la burguesía había perdido ya... la facultad de gobernar la nación”, pero “la clase obrera no la había adquirido aún” 2/.

Asimismo, el desfase entre el régimen burgués ya incapaz y el Estado obrero *aún no* capacitado constituye un terreno fértil para el surgimiento de otro trastorno grave, no de orientación socialista, sino de política burguesa en forma de extrema derecha. El ascenso de esta última se produce típicamente cuando el régimen burgués tradicional comienza a perder legitimidad (consentimiento, hegemonía) sobre un trasfondo de crisis socioeconómica, mientras que la izquierda anticapitalista todavía no es suficientemente fuerte para dirigir al pueblo (la nación). Tal como sucede con la *enfermedad infantil* de la política de izquierda, la enfermedad de extrema derecha de la política burguesa puede encarnarse en movimientos de masas, pero también generar actividades marginales de tipo terrorista cuando aquellos no acaban de cuajar.

La situación mundial actual dista mucho, claro está, de la de 1930. Salvo por el descalabro inicial, la Gran Recesión inducida por la crisis financiera de 2007-2008 no fue tan aguda y dramática como la Gran Depresión de la década de 1930. No obstante, fue la culminación de décadas de recortes del *contrato social* de posguerra sobre cuya base se había establecido la hegemonía capitalista liberal. Imponiéndose desde

1/ Las cursivas son del autor del artículo.

2/ El famoso comentario de Lenin sobre las condiciones objetivas y subjetivas en una situación revolucionaria en su obra *El colapso de la Segunda Internacional* fue la base de su crítica al “comunismo de izquierda” años después.

la década de 1980 en un periodo de profunda crisis de la izquierda a escala global en lo que resultaría ser el último decenio de la Unión Soviética, la *patria del socialismo* de una época pasada, la desestabi-

lización y precarización neoliberales de las condiciones socioeconómicas alimentaron un atrincheramiento general tras unos marcadores identitarios (religión, raza, nación), acompañado de un claro giro a la derecha. Juntos, estos procesos condujeron a lo que llamé, poco después del 11 de septiembre de 2001, un “choque de barbaries” (Achcar, 2002), que refleja la realidad que hay detrás de lo que Samuel Huntington diagnosticó equivocadamente de forma superficial como un “choque de civilizaciones” porque tenía la apariencia de un antagonismo cultural a lo largo de fallas civilizacionales globales, mientras que de hecho era un choque entre las dos peores tendencias que emergían dentro de cada ámbito cultural.

La Gran Recesión fue la culminación y supuso una fuerte aceleración de esta regresión rampante. Sin embargo, la diferencia de ritmos entre la crisis socioeconómica capitalista de entreguerras y la más reciente hace que la crisis política esté lejos de ser tan grave como lo fue tras la Primera Guerra Mundial. Únicamente en los países árabes alcanzó la crisis en 2011 el nivel de una situación revolucionaria, pero esta no fue el resultado de una crisis genérica del capitalismo, sino de una crisis específica del sistema estatal rentista-patrimonial que caracteriza a aquella parte del mundo <sup>3/</sup>. Así, salvo por las trágicas convulsiones de su espantosa agonía en los países árabes, es más una muerte lenta la que está sufriendo el antiguo orden en la mayoría de países, mientras que el nuevo no puede nacer y aún no parece ser capaz de prevalecer a corto plazo.

Ahora bien, el *nuevo*, es decir, la perspectiva de un cambio social progresista vuelve a asomar tras un largo desplome: empezamos, en efecto, a observar un renacer de la izquierda. Está claro que la situación de las fuerzas anticapitalistas en nuestra época apenas se asemeja a la que fue en los años de entreguerras del siglo pasado: entonces, la Revolución rusa acababa de triunfar e impulsaba con fuerza la radicalización de la clase obrera en todo el mundo; hoy, el profundo descrédito de la idea misma del socialismo, causado por el colapso del *socialismo realmente existente* encarnado en la Unión Soviética y sus satélites, solo empieza a ser superado una generación después y, hasta ahora, únicamente en unos pocos países. Superar el fracaso abismal del comunismo del siglo XX y sus derivaciones no será fácil.

No obstante, el surgimiento de una nueva izquierda es patente y ya nos permite identificar una polarización política global entre la izquierda y la derecha, propulsada por la Gran Recesión sobre un trasfondo de profundización de la crisis del antiguo orden en todas sus distintas formas políticas, desde las democráticas hasta la despóticas. Hemos vuelto a una situación en que lo viejo *ya* está muriendo y lo nuevo *todavía no* puede nacer. La debilidad y la fragilidad que han experimentado hasta ahora las fuerzas del cambio progresista conllevan que la crisis acelerada de las condiciones socioeconómicas y políticas del capitalismo mundial haya

<sup>3/</sup> Para mi análisis de esta especificidad favorecido principalmente al ascenso de la extrema derecha en todo el véase Achcar (2013).

## 4. PLURAL 2

planeta. Por tanto, es en el espectro político de la extrema derecha donde observamos actualmente los “fenómenos morbosos” más espectaculares, producidos por la degeneración de la política capitalista.

Estos fenómenos están llevando a su apogeo el giro global a la derecha provocado por la regresión neoliberal desde la década de 1980. La Gran Recesión ha acelerado drásticamente esta tendencia, que en estos momentos tiene cara de Donald Trump y su anterior *estratega jefe*, el publicista de extrema derecha Stephen Bannon, así como de todo un vasto abanico de personajes de todo el mundo, de oeste a este: los Nigel Farage, Marine Le Pen, Viktor Orbán, Vladímir Putin, Recep Tayyip Erdogan, Benjamin Netanyahu, Narendra Modi y Rodrigo Duterte.

La suerte de la *primavera árabe* constituye una clara ilustración de esta aparición de fenómenos morbosos. El sistema regional de Estados

está muriendo, pero las fuerzas progresistas que iniciaron la revuelta regional no estuvieron a la altura de la tarea de dirigir el cambio necesario. A resultados de ello, en el seno de las fuerzas islámicas se desarrollaron fenómenos morbosos que también combatían el antiguo orden. Generaron grupos ultrarreaccionarios que chocaron brutalmente

### **“En el espectro político de la extrema derecha observamos actualmente los ‘fenómenos morbosos’ más espectaculares”**

con el antiguo orden regional: la violencia escaló hasta los extremos en ambos bandos, dando lugar a un “choque de barbaries” en ambos lados, como ilustra trágicamente el caso de Siria, con el régimen de Asad en un lado y el Estado Islámico/Al Qaeda en el otro. Sin embargo, el hecho de que la región haya registrado en 2011 la más espectacular oleada revolucionaria regional desde las de finales de la Primera Guerra Mundial y de finales de la Guerra Fría, ese mismo hecho es un motivo de esperanza para el futuro.

Al comienzo de la Gran Recesión, apenas habría motivos de esperanza. Hoy en día existen sin duda más razones, siempre que se conciba la esperanza como un estímulo del optimismo de la voluntad y no un sucedáneo del pesimismo de la inteligencia. Porque en estos momentos, lo que más espolea la lucha no es la esperanza, sino esos mismos “fenómenos morbosos” reaccionarios como precursores de un posible futuro de espanto. Como señaló con mucha razón Rosa Luxemburg en 1915, la conciencia del desastre que ocurrirá si no actuamos es el motivo principal que debería incitarnos a actuar. En última instancia, la alternativa histórica, en efecto, es: socialismo o barbarie.

*Gilbert Achcar* es profesor en la School of Oriental and African Studies de la Universidad de Londres



Este artículo está basado en una ponencia presentada durante la conferencia celebrada en Cagliari, Cerdeña, los días 27 y 28 de abril de 2017, organizada por el Instituto Gramsci de la Universidad de Cagliari y Sassari y el Ayuntamiento de Cagliari con motivo del 80 aniversario de la muerte de Antonio Gramsci.

Traducción: **viento sur**

### Referencias

- Achcar, G. (2002) *The Clash of Barbarisms: The Making of the New World Disorder*. Boulder, Co: Paradigm Publishers, y Londres: Saqi Books. 2ª edición ampliada, 2006 (traducido al castellano: *El choque de las barbaries: terrorismos y desorden mundial*. Barcelona: Icaria).
- (2013) *The People Want: A Radical Exploration of the Arab Uprising*. Berkeley: University of California Press, y Londres: Saqi Books.
- (2016) *Morbid Symptoms: Relapse in the Arab Uprising*. Stanford: Stanford University Press, y Londres: Saqi Books.